

Hans RENDERS, Binne DE HAAN y Jonne HARMSMA, *The biographical turn. Lives in history*, London-New York, Routledge, 2017. 222 pp. ISBN: 9781138939707

Son, a día de hoy, pocas las biografías históricas que prescinden en sus primeras páginas de un capítulo introductorio en el que se justifique la elección del personaje y la pertinencia de un determinado enfoque. En ellas suelen abordarse algunas cuestiones metodológicas que, con frecuencia, se limitan a subrayar la reciente redención historiográfica del género biográfico. Parece, sin embargo, evidente que enfatizar la normalización de las biografías en la producción académica actual, tras advertir que durante algunas décadas ha sido un enfoque poco valorado entre los historiadores, no equivale a justificar su validez científica. Las posibilidades de conocimiento histórico que ofrece el análisis biográfico, en definitiva, ni ganan ni pierden por el hecho de que el número de publicaciones con estas características se haya disparado.

Más interesante que la mera multiplicación de biografías resulta el paralelo desarrollo de investigaciones sobre las posibilidades heurísticas que ofrece el género. Si puede hablarse de un “giro biográfico”, es precisamente por el desarrollo de una preocupación teórica que no sólo se ocupa de constatar la emergencia de una moda historiográfica, sino de desbrozar cómo abordan su tarea los biógrafos, cuáles son los condicionantes, las particularidades y posibilidades de este enfoque para la investigación histórica o precisar su lugar entre otras disciplinas cercanas. Existe, por tanto, una conexión entre la recuperación de la biografía para la práctica de los historiadores y la proliferación de reflexiones que justifican ese “retorno”, proyectando sus posibilidades y afinando su encaje metodológico.

Avanzar en esa línea es el propósito del libro que coordinan Han Renders, Binne de Haan y Jonne Harmsma, tres autores que cuentan con significativas aportaciones a la materia. La que en esta ocasión presentan suma una relevante nómina de especialistas que, desde distintos ángulos, abordan las implicaciones teóricas del “giro biográfico” tanto en su relación con el público, como en el ámbito académico de las humanidades o en diferentes campos de conocimiento dentro de ese espacio. Parten, para ello, de tres supuestos básicos. La eclosión de la biografía histórica, en primer lugar, ha venido acompañada de un giro metodológico cuyas consecuencias teóricas no han sido afrontadas de manera sistemática. En este sentido, debe darse por agotado el viejo debate de si la biografía pertenece al terreno del arte o al de las ciencias sociales. Todos, por último, asumen la importancia de situar la experiencia humana individual como punto de arranque en la interpretación histórica.

Historiar desde la altura del individuo implica reflexionar sobre la noción de agencia individual y su papel en los procesos de cambio. Así lo defiende Nigel Hamilton, autor de dilatada experiencia en el terreno biográfico, que incide, sobre todo, en el valor de la biografía

como correctivo respecto a determinadas visiones o mitos comúnmente aceptados por la historiografía. Sus argumentos arrancan de la publicación del libro de Robert Skidelsky *The troubled face of biography* en 1988 para mostrar de qué manera ha evolucionado el estatuto de la escritura biográfica en los últimos treinta años. El principal cambio, en su opinión, tiene que ver con la propia intención del biógrafo, con su sentido de propósito o, por precisar, con el hecho de que exista algún sentido de propósito teórico. El suyo, ante todo, consiste en la convicción de que la lente biográfica ayuda desafiar y, en ocasiones, corregir visiones dominantes sobre los procesos históricos en los que el sujeto estudiado participó.

La individualización de la historia, la personalización de los procesos de cambio social, por tanto, puede servir como contrapeso de las aportaciones de una historia despersonalizada, como la que trataba de construirse a través de enfoques estructuralistas a mediados del siglo XX. Enfoques que, por otra parte, negaban la validez de la perspectiva biográfica en la medida que priorizaban la dimensión colectiva de la experiencia histórica. La impugnación estructuralista al enfoque biográfico no puede ser eludida sin más por el biógrafo apelando al supuesto desfase o la superación de un modelo de investigación y la vigencia de otras alternativas. En este sentido, resulta especialmente interesante la aportación de Sabina Loriga. Su capítulo aborda, de un lado, la noción de tiempo histórico, como intersección entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico; de otro, profundiza en la idea de pluralidad histórica para enfatizar la irreductibilidad del individuo a simples categorías generalizadoras.

Ninguna institución o colectivo explica en su totalidad un individuo, de la misma manera que un individuo no puede, por sí mismo, explicar toda la complejidad de un colectivo o de una institución. Los individuos pueden ser pensados como seres híbridos, en la medida que actúan en la intersección de distintos grupos o sistemas. El interés de una biografía, por ello, no reside en que su protagonista sea más o menos representativo: “on the contrary –defiende la autora– lives which debate from the average seem to offer a better way of thinking about the balance between the specificity of personal destiny and the society as a whole. Variety is more significant than typicality” (p. 38). Si los individuos no fueran más que un fractal de las entidades sociales que los engloban, argumenta, no sería posible explicar dos aspectos centrales en el análisis histórico: los conflictos y las posibilidades.

Por supuesto, no hay una sola manera de abordar el análisis biográfico, ni lo que los autores que presentan este libro como un “giro” es un simple retorno de los modelos más tradicionales dentro del género. La creciente aceptación del enfoque biográfico está relacionada, tal como expone Sigurður Gylfi Magnússon, con el desarrollo de la microhistoria y el énfasis en el individuo que va aparejado a la práctica de la “historia desde abajo”. Las conexiones entre biografía y microhistoria, por tanto, son múltiples y estrechas. En ambos casos se reconoce la agencia de los seres humanos – es decir, la capacidad que poseen para tener algún tipo de control sobre el escenario en el que actúan–, a la vez que la necesidad de explicar la conexión de sus acciones con las estructuras sociales en que se desarrollan. Lo interesante, en este sentido, es comprobar que esa conexión no es siempre sencilla o coherente.

Por el contrario, tal como argumenta el autor, “with all grand narratives –modernization, socialism, capitalism or Christianity, to name a few– contradictions rise to the surface as soon as the focus is placed on the individual” (p. 45). Significativamente, su reflexión confluye con la de Sabina Loriga en lo que respecta a la irreductibilidad de los individuos a meros reflejos de los sistemas sociales, y en la capacidad de actuar conforme a los trazos de la estructura social, o bien de manera discordante. Pero el diálogo entre sujeto y contexto debe, por otra parte, entender que ni es posible ofrecer una pintura acabada y consistente de un individuo, ni cabe pensar en las estructuras sociales como entidades rígidas, inmóviles. La evolución,

el flujo, en ambos casos, es constante, lo que enriquece todavía más las posibilidades de la investigación biográfica y microhistórica.

La biografía no es exclusivamente una forma de enfocar la investigación, sino una manera de ofrecer sus resultados al público. En otras palabras, se trata de una metodología y de una forma narrativa. Esta última cualidad conecta la biografía histórica con las biografías noveladas. De ahí que, con frecuencia, la biografía haya sido considerada como un género ambiguo. Desde esta perspectiva, Binne de Haan propone el término “historia personalizada” para englobar tanto la biografía como la bioficción. Entre ambas existe una zona de incertidumbre que no permite discernir claramente la ficción y la no-ficción. Ambas posibilidades, en opinión del autor, “when performed well, always remains in essence a collective activity in the public sphere contributing to its critical mass” (p. 64).

Al fin y al cabo, la escritura biográfica, tal como defiende Joanny Moulin desde la perspectiva de la teoría literaria, puede ser definida como una forma de simular en un texto una vida humana, partiendo de todo lo que se sabe sobre la misma. Una idea que Christian Klein simplifica al definir la biografía como “an umbrella term for all mediated representations of the life of another person” (p. 82). De este modo se provoca en el lector, en palabras de Joanny Moulin, un “efecto de vida”; es decir, una ilusión que puede ser considerada como literaria en la medida en que no existe más allá del texto que la genera. Ese efecto es compartido tanto por la biografía histórica como por la ficción. Klein, comprende la biografía como una representación mediada de una vida que reproduce un “constructo social”.

La diversidad de las acepciones contenidas en el término “biografía”, las fronteras, a menudo difusas, entre diferentes campos creativos o de conocimiento, obligan al biógrafo a comprender los entresijos de su campo de estudio. De igual manera, conviene tener en cuenta las diferentes maneras en las que una biografía histórica puede plantearse, así como sus objetivos. Así, frente al modelo más común de biografía que cubre de manera cronológica el período vital de un personaje “desde la cuna hasta la tumba”, Hans Renders y Sjaerd van Fassen plantean las posibilidades de la “biografía parcial” centrada en aquellos momentos o acontecimientos especialmente significativos en cuanto provocan un cambio sustancial dentro de una trayectoria. El impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la vida de un grupo de autores “modernistas” sirve, en este caso, para mostrar no sólo diferentes respuestas a un mismo hecho traumático, sino para corregir determinados supuestos establecidos a la hora de caracterizar todo un colectivo.

En el caso de Jonne Harmsma, el enfoque biográfico ayuda a perfilar la emergencia en la segunda mitad del siglo XX del estereotipo del experto en economía como un estilo o perfil político que llega hasta la actualidad. A través de la biografía del economista holandés Jelle Zijlstra es posible comprobar cómo se construyó el mito del “experto” como agente político supuestamente imparcial y objetivo, neutral y desideologizado, para desvelar que más allá de la adscripción a una escuela económica existe un entrecruzamiento de valores éticos, religiosos y estrictamente políticos, con una orientación ideológica bien definida. Kaarle Wirta, por su parte, usa el enfoque biográfico para profundizar en las relaciones transatlánticas durante la edad moderna, centrandó su análisis en la biografía de los agentes comerciales. Desvela, de este modo, espacios relevantes pero que no son visibles si el análisis se centra exclusivamente en la actuación de los Estados y las compañías transatlánticas.

El estudio de una vida individual puede, de este modo, servir para mostrar patrones de comportamiento generalizados, así como desviaciones del mismo, de modo que el papel de la agencia de los seres humanos en los procesos históricos salta al primer plano. Pero la biografía, tal como argumenta Enny de Bruijn, no es sólo útil a la hora de confirmar o matizar las grades narrativas, sino para fomentar un conocimiento histórico basado en la

empatía. Es necesario, para ello, reflexionar sobre la distancia entre la visión del mundo que el sujeto biografiado pudo tener, y la que existe en el contexto histórico del propio biógrafo. La narración biográfica, en la medida que ayuda a contrastar ambos planos, es también útil para reforzar la comprensión de la historia. Un propósito diferente manifiesta Lindie Koorts. Su caso profundiza en la producción biográfica en Sudáfrica para explicar cómo las biografías han servido para apuntalar identidades nacionales. Del mismo modo, la misma práctica se ha usado para desafiar los mitos y estereotipos dominantes en una determinada comunidad. La biografía, sostiene, “acts a barometer of the society in which is written” (p. 152).

La última parte del libro reúne una serie de trabajos centrados en las fronteras entre la práctica académica y la sociedad. En este sentido, Hans Renders recurre a la diferenciación entre biografías autorizadas y no autorizadas, no sólo como estrategia comercial, sino en la medida que afectan a la práctica del biógrafo. Las primeras, en cierta medida, terminan confluyendo con la autobiografía. De ahí que el autor abogue por aumentar la distancia crítica respecto al sujeto, una idea que resume en el título de su capítulo, “Biography is not a *selfie*”. Las relaciones, con frecuencia confusas, entre la biografía y las modalidades de narración que se definen como “historia de vida” son abordadas por Craig Howes. Carl Rollyson, por su parte, ahonda en la ya conocida cuestión de la tradicional desconfianza que desde los ámbitos académicos ha existido hacia la producción biográfica.

El último capítulo, a cargo de la ganadora del premio Pulitzer de 2006 Debby Applegate, sirve como recapitulación de las principales líneas de reflexión del volumen, a través de una exposición de su propia experiencia como biógrafa. La biografía, en su opinión, posee la capacidad de mostrar el entrecruzamiento entre los procesos históricos y la experiencia concreta de los individuos. Lo privado y lo público, las decisiones individuales y la actuación de las fuerzas sociales, pueden ser explorados a través de la personificación de la historia. Se trata, en definitiva, de un libro que aporta importantes claves a la hora de perfilar la tarea del biógrafo. Una práctica que con frecuencia se aborda desde la pura intuición o la imitación de determinados modelos. “At its best –afirma Debby Applegate, en unas palabras que pueden servir para concluir estas consideraciones– biography offers readers the vicarious thrill of a foreign life being experienced in real time [...] and the rare pleasure of experiencing life as a coherent, meaning-filled, well-wrought work of art” (p. 192).

Eduardo Higuera Castañeda
Universidad de Castilla-La Mancha

Eduardo.Higuera@uclm.es